

Las tachuelas doradas

(CUENTO)

Toda la esplendidez que cabe en un judío, se podía apreciar en Samuel, moderno elemento evolutivo de la inextinguible raza bíblica.

Apático y comodón, nunca se apresuró en correr tras los negocios comerciales y usurarios que, propicios y solícitos, se le solían presentar turbando ligeramente la placidez de sus horas.

David, tipo de judío más legendario, flaco, activo, avaro y madrugador, no disfrutaba de su más merecida suerte y tras de un frenético correr tras los negocios, veía que estos, guiados por un irracional destino, huían de él para refugiarse en la suntuosa morada de Samuel. Solo los míseros que allí no encontraban acceso, se aventuran a penetrar en su lóbrega covacha.

Desde un pueblo próximo al que ambos habitaban, fueron un día llamados los dos a concurrir en una prometedorá almoneda.

A media noche, ya se encontraba en camino el diligente David con el fin de adelantarse a Samuel, de quien estaba seguro que hasta bien transcurrido el mediodía, no montaría en su lucio y enguirnaldado jumento, al que su magnífico dueño jamás hostigaba a acelerar su carrera con el desapacible aguijón.

La inquebrantable constancia de David, le hizo caminar ligero el resto de la noche solo aliviado por fugaces descansos y un sobrio desayuno tomado al amanecer, lo puso en ánimo de llegar pronto al final de su camino.

Es costumbre de hombres aprovechadores ir con la vista fija en el suelo y ésta cualidad, muchas veces celebrada por David, hizo que tropezase su mirada con un objeto pequeño y brillante.

Se agachó a recogerlo y al ver que era una tachuela dorada, la guardó en un amplio saco que siempre solía llevar en sus viajes, para las escasas provisiones y lo que pudiera presentarse. Para él no había objeto desprovisto de valor y no se arrepintió de su aprovechamiento cuando unos cientos de metros más allá pudo coger otra tachuela exactamente igual a la anterior.

Estos objetos que pudieran servirle cualquier impensado día de alguna utilidad, le infundieron optimismo acerca de la buena suerte con que aquel empezaba.

No hubo andado muchos pasos más, cuando encontró otra tachuela y luego otras dos más.

Y así, siempre andando y nunca escatimando la flexión de su espina, fué alborozadamente encontrando cada vez más frecuentes y numerosas tachuelas.

Mucho era el tiempo que en su camino perdía pero bien lo compensaba lo grato de su recolección.

Llevaba ya el saco mediado con su carga y eran tan abundantes